

## RESEÑAS

**BURBANK, Jane y COOPER, Frederick, *Empires in World History: power and the politics of difference*, Princeton, Princeton University Press, 2010.**

Margarita RODRÍGUEZ GARCÍA\*

Pensamos a menudo en los estados nacionales como el final de un largo camino de formación de identidades particulares. ¿A partir de qué momento *ya* podemos hablar de Cataluña, *ya* podemos utilizar con propiedad el término España, *ya* el de Portugal? Son preguntas usuales, con un *ya* muy expresivo de la necesidad que sentimos de pensar que hemos llegado a un destino o que formamos parte de algo sólido y estable. No será el libro de Jane Burbank y Frederick Cooper, *Empires in World History: power and the politics of difference*, el que calme nuestra ansiedad, pero sí, tal vez, el que nos ayude a considerar la Historia en otros términos, más amplios, menos excluyentes.

A lo largo de más de cuatrocientas páginas, la reflexión gira en torno al modo en que los imperios desde el siglo III a.C. han organizado el gobierno de territorios distantes y poblaciones diferentes, se han relacionado entre sí y han modelado el mundo que conocemos, con sus prácticas, políticas y culturas imperiales. Frente al peso abrumador de estas formaciones políticas en la Historia, el estado nación aparece como una creación relativamente reciente, que no puede ser explicada

como evolución inevitable de los imperios y cuyo papel en la imaginación política puede ser parcial o transitorio. Convencernos de ello es uno de los principales objetivos de los autores, pero no sólo.

Entre las muchas cuestiones que plantea este trabajo, tienen un especial peso los distintos repertorios de poder empleados por los imperios para gobernar poblaciones distantes o diferentes. Burbank y Cooper se interesan por el modo en que estos repertorios estuvieron determinados por la naturaleza de los territorios que encontraron, las prácticas –imperiales o no– que heredaron y su capacidad de innovación sobre esos contextos históricos. La opción para mostrarlo es la de organizar casi todos los capítulos en torno a la comparación entre imperios que fueron contemporáneos. En cada uno de ellos, se analizan las posibilidades y limitaciones que les ofreció su tiempo, las instituciones administrativas que emplearon, el modo en que lograron la lealtad o el control de las élites locales de los territorios que conquistaron, la forma en que movilizaron mano de obra y obtuvieron recursos fiscales, su actitud ante las distintas credos religiosos que encontraron o la

relación que establecieron con los extraños.

Desde este punto de vista, el trabajo de Burbank y Cooper es una propuesta historiográfica, pero también de reflexión política. Como forma de entender la Historia, se unen a las corrientes de la *World History* y de la *Global History* en sus esfuerzos por superar el eurocentrismo en los enfoques históricos. Dentro de éstas, el campo de la historia comparada de los imperios aparece como un terreno fecundo para escribir una historia mundial que no se apoye exclusivamente en la tradición historiográfica occidental. También para cuestionar ideas como el origen exclusivamente europeo de la *modernidad* o el dominio global de Occidente en el mundo, a partir de la llamada *expansión europea* entre los siglos XVI y XVIII.

Los autores siguen la línea abierta por otros como Kenneth Pomeranz<sup>1</sup>, en el terreno de la historia económica, Jack Goldstone<sup>2</sup>, en el de la sociología histórica, o a historiadores como Sanjay Subrahmanyam en sus reflexiones sobre la necesidad de escribir historias conectadas y comparadas de los imperios de la edad moderna; también por el cuestionamiento que este último autor hace, desde planteamientos novedosos, a la idea

de una modernidad exclusivamente occidental y por su insistencia en la necesidad de tomar en cuenta, como factores explicativos del desarrollo de los imperios, no sólo los materiales, sino también los políticos y culturales<sup>3</sup>. Este último aspecto es una de las apuestas de *Empires in World History*, que nos muestra que las opciones políticas marcaron la diferencia entre los diferentes imperios, condicionando su éxito o fracaso.

De hecho, la historia política ha sido definida por Giancarlo Casale como la última frontera de la *World History*. Quienes se dedican a ella cuentan ya con una información considerable sobre temas como las migraciones, el comercio a larga distancia, el intercambio biológico o la transferencia tecnológica. Pero estos fenómenos y procesos se estudian como si operaran de manera independiente a la actuación más superficial de la política, cuyo análisis, desde una perspectiva global, continúa siendo reducto de los especialistas en los siglos XIX y XX<sup>4</sup>.

*Empires in World History* afronta el reto de escribir una historia del mundo con énfasis en lo político, con los imperios como eje

<sup>1</sup> POMERANZ, Kenneth, *The Great Difference: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, 2000.

<sup>2</sup> GOLDSTONE, Jack, *Why Europe?. The Rise of the West in World History 1500-1850*, McGraw Hill Higher Education, New York, 2008.

<sup>3</sup> SUBRAHMANYAM, Sanjay, "A Tale of three empires. Mughals, Ottomans, and Habsburgs in a comparative context", *Common Knowledge*, vol. 12, num. 1 (2006), pp. 66-92. De este mismo autor: *O Império Asiático Português (1500-1700): uma história política e económica*, Difel, Lisboa, 1993 y "Connected Histories - Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia", *Modern Asian Studies*, vol. 31, num. 3, 1997, pp. 735-762.

<sup>4</sup> CASALE, Giancarlo, "Global Politics in the 1580s: One Canal, Twenty Thousand Cannibals, and an Ottoman Plot to Rule the World", *Journal of World History*, num. 18, 2007, p.267.

de reflexión. Para ello deja sobre la mesa una cuestión muy actual: cómo gobernar hoy en día la diferencia, cómo convencer y generar lealtades hacia proyectos políticos que reúnen a grupos heterogéneos, sin que necesariamente tengamos que apelar a la nacionalidad. No se trata de buscar en el pasado recetas más exitosas, sino de romper con una determinada forma de entender la Historia, excesivamente lineal, que nos impide considerar soluciones políticas diferentes para los retos que plantea la sociedad mundial actual. A sabiendas de que un libro tiene tantas lecturas como lectores, y que éste será especialmente prolífico en ellas por la amplitud de temas que ofrece para el debate y la ambición cronológica y geográfica de su propuesta, en las páginas que siguen apuntaré algunas de sus aportaciones a una historia mundial que incide en los aspectos políticos y en las elecciones del poder.

Si la pregunta que atraviesa todo el libro es la de cuáles fueron los repertorios de poder empleados por los imperios para gobernar en la distancia, adquieren especial relevancia lo que los autores llaman sus *políticas de la diferencia*: en algunos casos, la opción adoptada fue la de reconocer a los varios pueblos que incorporaron, mantener sus costumbres, leyes o credos religiosos y hasta sus gobernantes. En otros, la de establecer una rígida distinción entre grupos indiferenciados al interior del imperio y los *bárbaros* de fuera. Y entre estas dos opciones extremas, multitud de posibilidades híbridas, escogidas de acuerdo a las posibilidades y limitaciones de cada momento histórico.

Una de las virtudes de este trabajo es la de haber situado, cara a cara, imperios contemporáneos que habitualmente son estudiados por especialistas de áreas geográficas específicas, con poco diálogo entre ellos. El resultado suele ser una visión aislada de cada uno de ellos, muy condicionada todavía por historiografías nacionales. Burbank y Cooper en lugar de subrayar únicamente las diferencias entre formaciones políticas imperiales demuestran que éstas casi siempre interaccionaron entre sí, fueron rivales y en muchas ocasiones compitieron por incorporar los mismos territorios.

Tras una introducción en la que clarifican los conceptos que van a emplearse en el libro, el capítulo segundo, dedicado a los Imperios Romano y Chino, coloca ya las cuestiones que interesan a los autores. Mientras que Roma dio poder y ciudadanía a las élites locales de los territorios incorporados, los emperadores Qin y Han, apoyándose en normas legales que emanaban únicamente de ellos, optaron por oficiales centralizados, trasladaron a las familias más poderosas a la corte y se aseguraron la lealtad en los territorios conquistados, facilitando el acceso a la tierra, a cambio de obtener ingresos y servicios militares. Para Roma, todos los pueblos, por muy bárbaros que fueran sus orígenes, podían, si eran adecuadamente educados, llegar a formar parte de la *humanitas*; claro está, de la única civilización posible, la romana. China, por su parte, organizó un gobierno de oficiales: líderes seleccionados con orígenes “bárbaros” podían individualmente convertirse en servidores y consejeros

del emperador, adquiriendo las virtudes asociadas al buen gobierno. No demandó uniformidad, pero acomodó y explotó las ventajas de los *outsiders*. En una política diferente, el imperio romano promovía la noción de una sola comunidad política superior, basada en derechos compartidos y cultura.

Enfrentar cara a cara diferentes imperios contemporáneos en un libro, cuyo título ya sugiere que nos va a ofrecer una determinada concepción de la historia mundial, no es un mero ejercicio comparativo. Las elecciones de los autores en cada uno de los capítulos cuestionan otras perspectivas que, privilegiando unos imperios frente a otros, son especialmente prolíficas en la creación de genealogías de conceptos como el de *modernidad* o *globalización*.

Tal es, por ejemplo, su opción por reunir al imperio Otomano y el imperio de Carlos V; una comparación poco habitual, frente a la enorme producción historiográfica dedicada a los imperios atlánticos de la edad moderna. La reflexión en torno a estos dos imperios tiene como precedente, entre otros, un importante artículo de Sanjay Subrahmanyam que cuestiona la exclusión tradicional de los imperios Otomano, Habsburgo, y en su caso también el Mogol, de los relatos sobre el inicio de la modernidad en el siglo XVII<sup>5</sup>. La lectura conjunta de

las aportaciones políticas del imperio Otomano y el imperio de Carlos V que realizan Burbank y Cooper pretende también en este capítulo comparar diferentes repertorios de poder. El emperador español, limitado por las instituciones de los reinos que incorporó a su imperio, por *ciudades conscientes de su órdenes cívicos*, señores al mando de importantes ejércitos o una Iglesia poderosa, dependía del mantenimiento de un régimen legal y religioso relativamente homogéneo para ver reconocida su posición superior. Los otomanos, mucho menos limitados por estas afinidades horizontales, no intentaron dar una uniformidad al conjunto de sus dominios. Mantuvieron los diferentes sistemas legales, culturales y religiosos de sus territorios, controlados por oficiales unidos firmemente y en una relación vertical con el sultán.

La discusión conjunta sobre los repertorios de poder empleados por los Otomanos y la Monarquía Hispánica es uno de los ejemplos de la contribución que este tipo de trabajos pueden hacer a una historia de la comunidad humana, como reclama Giancarlo Casale, independiente de la narrativa tradicional sobre la historia de la civilización occidental.

Con esta misma perspectiva son abordados los imperios atlánticos, insistiendo los autores en dos aspectos. En primer lugar, que no existió algo llamado *expansión europea*, ni portuguesa u holandesa, porque no había entonces una

<sup>5</sup> SUBRAHMANYAM, Sanjay, *A Tale of three empires. Mughals, Ottomans, and Habsburgs...*; una aproximación similar de historia comparada y sobre todo conectada de los imperios son los trabajos de Giancarlo Casale, en este caso entre el imperio otomano y el imperio portugués, desde la perspectiva del primero: *The Ottoman Age of Exploration*, New York:

Oxford University Press, 2010 y también su trabajo ya citado "Global Politics in the 1580s: One Canal.... *op. cit.*

dinámica característicamente europea, como tampoco nacional. Fueron dinámicas imperiales, y por tanto sólo comprensibles en contextos más globales, las que llevaron a las monarquías europeas a gobernar o comerciar en territorios distantes. En segundo lugar, que las conexiones creadas por los imperios atlánticos deben ser concebidas como tales y no en términos de una globalización temprana. Es indudable su impacto sobre la economía global y las políticas mundiales. Pero a finales del siglo XVIII, estos “imperios”, estaban aún lejos de crear un mundo dominado unipolarmente por Europa<sup>6</sup>. En esa misma centuria, dos imperios territoriales, el imperio Qing y el Ruso, ampliaban su poder y extensión. Incorporando fórmulas de otras formaciones imperiales anteriores, ambos controlaron poblaciones distintas y distantes, en una estrategia de acomodación a la diferencia y no de erradicación.

Quisiera considerar ahora la atención que los autores dan a las revoluciones en el mundo atlántico. A pesar de que Burbank y Cooper se distancian explícitamente de aquellos trabajos que sitúan en este período el inicio de la transformación de los imperios en estados-nación, el capítulo que le dedican supone un cierto punto de inflexión en su recorrido. De este modo, lo que los autores ofrecen es una consideración

diferente de su efecto y no tanto una interpretación alternativa.

*Empires in World History* asume, claro, el impacto innegable de revoluciones que tuvieron, entre otras consecuencias, la del surgimiento de estados independientes, a partir de lo que habían sido monarquías compuestas. Pero sólo para subrayar que éstas se produjeron en un contexto imperial y no nacional, y que los debates sobre la soberanía, la nación o los derechos civiles también siguieron desarrollándose como forma de dar legitimidad a nuevos o antiguos imperios que, como en el caso del Imperio Napoleónico o del Ruso, en su anexión de nuevos territorios, seguirían jugando con la política de la diferencia. Por otra parte, allá donde se crearon estados nuevos, supuestamente nacionales, como en los Estados Unidos, una buena parte de su población, mujeres, indígenas, o esclavos, tardaría aún mucho tiempo en incorporarse como ciudadanos de pleno derecho. Estos grupos siguieron siendo durante mucho tiempo sujetos de derechos colectivos, en tanto grupo con características especiales.

Siguiendo la propuesta de interpretación de la historia de los imperios que nos ofrecen Burbank y Cooper, había surgido un importante repertorio de poder, del que los grupos bajo un gobierno imperial harían buen uso, tanto para reclamar su independencia, como para reivindicar el pleno disfrute de los derechos de ciudadanía que disfrutaba el centro. Los imperios, por su parte, como muestra el caso de los Romanov, Habsburgo y Otomano, también utilizaron estos repertorios

<sup>6</sup> Este debate es abordado por Felipe Fernández-Armesto en FERNÁNDEZ-ARMENSTO, Felipe, “Empires in their global context, ca.1500 to ca.1800”, en CANIZARES-ESGUERRA, Jorge y SEEMAN, Erik R. (Editores), *The Atlantic in Global History: 1500-2000*, Upper Saddle River, Pearson Prentice Hall, Nueva Jersey, 2007, pp.93-109.

para garantizar su conservación y emprendieron a lo largo del siglo XIX una serie de reformas que daban mayor participación a la sociedad y tendían a generar un gobierno más igualitario. La nación, a su vez, también podía convertirse en un arma empleada en la competencia imperial.

Ese fue el caso del estado griego. Tanto británicos como rusos, en la primera mitad del siglo XIX, reclamaron su vinculación al pasado de Grecia para apoyar a quienes a partir de 1820 se hacían llamar griegos desde el interior del imperio Otomano. Los primeros apelando a la civilización griega y los segundos en virtud del cristianismo ortodoxo y su vinculación al imperio bizantino.

Desde esa misma perspectiva *Empires in World History* considera muy poco explicativa la distinción entre imperios antiguos, frente a los modernos o coloniales que surgen en el siglo XIX. Su capítulo "Repertorios imperiales y mitos del moderno imperialismo" cuestiona la idea de que en la práctica colonial la raza, producto de esa misma Modernidad, se convirtiera en la herramienta capaz de crear un mundo dicotómico de colonos y colonizadores, reemplazando a otro de categorías más relacionales de jerarquía y desigualdad<sup>7</sup>. Que en los laboratorios de Occidente se acuñaran nuevas ideas, a veces contradictorias entre

sí, no quiere decir que ni éstas, ni las aportaciones tecnológicas ligadas al capitalismo, tuvieran la capacidad de crear un nuevo modelo de imperio radicalmente diferente. Las barreras creadas en virtud de criterios raciales siguieron siendo permeables; la colaboración de los intermediarios necesaria; la *política de la diferencia* uno de los *repertorios* que siguió siendo utilizando para garantizar la conservación y gobierno de territorios lejanos; y, una vez más, la presencia del estado colonial, en muchas partes, débil y fragmentada. La opción por masacres genocidas desde este punto de vista no fue un producto inevitable de los nuevos tiempos, sino una de las opciones ofrecidas a la imaginación política.

Los imperios generarían aún dos guerras mundiales en el siglo XX. Sólo tras la segunda habría comenzado a imponerse un mundo de estados nacionales, frente al predominantemente imperial bajo el que la mayor parte de hombres y mujeres habían vivido hasta entonces. En muchos casos su creación fue el resultado, al igual que en el siglo XIX, de luchas y debates políticos de carácter imperial, y no nacional. Estos procesos, plantean los autores, tuvieron más que ver, con las contingencias del momento, que con una traducción "natural" de identidades diferenciadas a estados territoriales. El resultado, no siempre fue positivo ni expresivo de un nuevo orden.

Termina el libro interrogándose por *el pasado del presente*. Y es quizás en esta parte donde aparecen algunas de las cuestiones que pueden

<sup>7</sup> Sobre el uso del término *historia imperial* en lugar de *colonial*, un debate que "planea" sobre el libro, resulta muy útil el artículo de SCHAUB, Jean-Frédéric, "La catégorie 'études coloniales' est-elle indispensable?", *Annales, HSS*, num. 3, 2008, pp 625-646.



plantearse de manera general al trabajo de Burbank y Cooper. ¿Hasta qué punto la necesidad de algunos líderes nacionales de estados recientes de buscar patrones fuera y establecer relaciones clientelares al interior es expresiva, como sugieren los autores, de antiguas o nuevas prácticas imperiales? Más allá de esta cuestión, *Empires in World History* en su recorrido por los imperios Romano, Bizantino, Carolingio, Mogol, Ming, Ruso...se apoya en la premisa de que existieron culturas imperiales que fueron heredadas y utilizadas como posibles repertorios de poder por los imperios que les sucedieron. En nuestros días estas culturas imperiales estarían aún presentes, por ejemplo, en el retorno de China como potencia internacional, pero también en los problemas que enfrenta al interior y en algunas de las características de su gobierno. Podrían reconocerse en el empleo por Vladimir Putin de determinadas técnicas de poder patrimonial. Y las encontraríamos en la aspiración de determinadas élites de crear en la Unión Europea una nueva Roma que consigue situar a nivel europeo atributos de la soberanía tan importantes como la decisión de quien puede atravesar sus fronteras. Esta premisa, la existencia de fuertes culturas políticas heredadas de los imperios, merecería ser discutida tanto para el pasado imperial como para el presente. Porque si es así, ¿cuáles son las posibilidades de cara al futuro?

El trabajo de Burbank y Cooper lanza al debate este tipo de cuestiones, acompañadas de un gran *repertorio* de temas y una propuesta importante: de nuevo la Historia,

pero esta vez una historia política con vocación no eurocéntrica, como herramienta para pensar el presente.

**\* Margarita RODRÍGUEZ GARCÍA**  
es Doctora en Historia Moderna por la Universidad Autónoma de Madrid, y actualmente es profesora en la Universidad Nova de Lisboa.